

—¿Te has olvidado,—exclamó,—de nuestros locos amores, de aquellas embriagadoras noches pasadas juntitos allí en América? Nuestra habitación, acuérdate, daba sobre un jardín de flores, y por las ventanas llegaban hasta nosotros mil penetrantes perfumes; á lo lejos se oía el ruido del río que constantemente corría hacia el mar, y cerca de nosotros los cantos de los pajarillos, que se despertaban al ruido de nuestros besos. Miles de estrellas desconocidas en Europa centelleaban por encima de nuestras cabezas y te permitían admirarme. ¡Oh! murmurabas á mi oído encantado. ¡Jamás había soñado con una criatura tan hermosa como tú; jamás he visto formas tan perfectas!... Tú no podías dejarme, y cuando por el horizonte aparecían los rayos del nuevo día, nos encontraban aún entrelazados. ¿Quieres que seamos tan felices como antes? ¿dí, lo quieres?

De pronto le rechazó exclamando:

—¡No es un hombre lo que tengo en los brazos, es un cadáver!

—Un cadáver que tú no resucitarás nunca, te lo juro,—murmuró Jorge sin que la joven pudiera entenderlo.

XXIV

A cosa de las cinco de la mañana, después de una crisis nerviosa que duró cerca de una hora, Cora, vencida, quebrantada, medio muerta, permitió al fin á Jorge que se retirase.

Su primer pensamiento al hallarse solo fue el de preguntarse si la escena que acababa de pasar se renovarí, si Cora no renunciaría á exponerse á una nueva derrota, derrota que ella misma no debía reprochar sino á sí misma; pues hubiera sido injusta con hacer de ello un crimen para Jorge: en amor, ella no ignoraba que el amor de la mujer puede ser

solamente pasivo; sin pasión, sin deseo, sencillamente por conveniencia; ella podía ser la querida de un hombre; el hombre, por el contrario, obedece, no á su voluntad, sino á las aspiraciones de su corazón y deseos.

Sin duda era demasiado inteligente para dejar de comprender que vencida una vez lo sería siempre, y que todas las pruebas que hiciese para rendir aquel corazón serían inútiles. Ante una sorpresa de los sentidos, Jorge hubiera podido sucumbir; ahora toda sorpresa era imposible. Sería tanto más fuerte cuanto lo había podido ser la primera vez, tanto más insensible cuanto que se acordaría de haberlo sido.

—Esto se acaba,—se decía nuestro héroe,—sabe ahora que, á pesar de mi sumisión completa á sus órdenes no puedo ser su amante; bien pronto recobraré mi pérdida libertad.

Cosa extraña, sin embargo; este pensamiento, en vez de regocijarle, parecía contrariarle; se hubiera dicho que sentía que las escenas aquellas no se renovasen. En efecto, no experimentaba una gran alegría al salir victorioso de aquella lucha del alma contra la materia, y poder decir: *En mí, el corazón domina los sentidos; el disgusto que me inspira el carácter de esa mujer, es más fuerte que todos los deseos carnales que su belleza pueda inspirar. No seré su amante, no solamente porque no quiera serlo, sino porque no puedo serlo.*

¡Además, la alegría de vengarse al fin de la que le había hecho sufrir tanto, de oír sus súplicas y sus ruegos, de verla arrastrarse ante él, anhelante, palpitante, desvanecida! Sí, esperaba que aquellas luchas terribles se renovasen, porque necesariamente conducirían á alguna catástrofe que lo arrancaría del poder de aquella mujer y romperían la cadena que á ella le sujetaba.

Su esperanza no fue vana; apenas repuesta de su primer descalabro, Cora quiso intentar una nueva prueba sobre el corazón de Jorge. Se había dicho que la aversión que al joven inspiraba debía ser más moral que física; Jorge no debía poder perdo-

narle los sufrimientos que pasó por causa de ella, y la manera como entonces se conducía no era ciertamente la más á propósito para hacer olvidar el pasado. Resolvió, pues, con un objeto puramente interesado, vencer la reserva de Jorge por su arrepentimiento y generosidad.

—Comprendo,—le dijo cuando estuvieron solos,—que me desprecias y odias. La pasión, los celos, la desesperación, justifican el acto de brutalidad que cometiste conmigo; nada justifica, por el contrario, la venganza de que yo me he servido. Acusarte de robo... ¡á tí! ¡enviarte á presidio! ¡es una infamia! Hoy me doy cuenta de ello; deploro mi crimen y quiero, en lo que de mí depende, reparar el daño causado. Si te ocurriera alguna vez tenerte que presentar aún á los Tribunales de Justicia, ó bien si quieres algún día obtener tu rehabilitación, la declaración que te daré escrita de mi puño y letra y firmada por mí, podrá ser una ayuda poderosa para tí... No he ocultado nada, ni mis faltas hacia tí, ni los menores detalles de la escena que pasó, ocasionada por mi impudencia; cogiste sin intención, sin premeditación, quizás sin darte cuenta de ello, el arma que en cierto modo había puesto á tu alcance. Me acuso también de haberte indignamente calumniado, é impulsada por un deseo de venganza haber mentido al Comisario de Policía, al Procurador imperial, al Juez de instrucción, á la Audiencia y al Jurado. Jamás retractación alguna ha sido más completa y más clara; héla aquí. Tómala. Te la dejo.

Después de haber entregado á Jorge un papel extendido para que pudiera leerle, la joven de color añadió:

—En cuanto á las amenazas que te he hecho, olvídate de ellas, te lo suplico. Jamás añadiré á mis infamias la de denunciarte. A partir de hoy eres libre de no volverme á ver. Pero,—exclamó Cora de pronto adelantándose hacia Jorge, arrodillándose á sus pies y besando sus rodillas y sus manos,—ten piedad de tu esclava, ten piedad de la desgraciada que te adora. ¡Ah! ¡si supieras cuanto sufro! ¡no

veo más que á tí! ¡no deseo más que á tí!... Es ridículo lo que voy á decirte, pero es cierto: no puedo dormir, no puedo comer... ¿no me crees? ¡Basta, sin embargo, mirarme para ver que no miento! ¿Me has conocido nunca tan pálida? ¿No he adelgazado después de la última vez que te he visto? ¡Ah! ¡jamás amor alguno ha sido más ardiente, pasión ninguna más viva! Tú has conocido los celos en otros tiempos porque yo te los hice conocer!... Pues bien; no has sufrido la milésima parte de lo que estoy sufriendo, estoy segura. ¿Estabas cierto de que yo te engañaba? No; lo temías, lo creías, he ahí todo. Yo sé que amas á otra, que la amas tanto como me odias á mí; os veo sin cesar uno en brazos del otro, oigo las palabras que murmuras á su oído, cuento vuestros besos. Entonces mi sangre hierve, mi cabeza se convierte en un volcán, mil transportes me agitan. ¡Ah! ¡Cuanto sufro, Dios mío! ¡Si no quieres amarme, mátame; no puedo vivir sin tu amor!

Estas escenas, que se renovaban frecuentemente, hacían á Jorge Gérard sentir la pérdida de la época en que Cora le acusaba en vez de acusarse á sí misma, le amenazaba en vez de implorarle. No podía acudirle al pensamiento la compasión, tan repulsivo y odioso le parecía aquel amor; pero se enternecía ante las súplicas y los lloros. Así que resolvió no volverla á ver más y renunciar á sus proyectos de venganza.

No lo comprendía Cora de aquella manera; le escribió que volviera á verla, y cuando reapareció precipitose hacia él exclamando:

—¡Ah! ¡cuentas con mis promesas! Porque he jurado que jamás te denunciaría, huyes, me abandonas. El temor solo, te retenía á mi lado; ya no temes y en seguida te olvidas de mis súplicas, te burlas de mis sufrimientos. Pero eres demasiado confiado al creer en los juramentos de una joven como Cora. ¡Sería á la verdad muy tonta en mantenerlos! Me retracto de ello, ¿lo oyes? reniego de ellos. Quiero verte todos los días, todas las tardes, todas las noches, ó si no, te denuncio. ¿Crees que no me voy á volver loca?... sí, loca... ¡Cuando no te veo

siento que mi razón oscila!... Te niegas á amarme... ¡sea! pero exijo que estés á mi lado para decirte que te amo.

Entonces las escenas que hemos contado se renovaban todas las noches. Jorge permanecía insensible á las coqueterías más refinadas de Cora. Esta no podía triunfar de su terrible frialdad, y como le había dicho ya un día, cuando le estrechaba en sus brazos, creía tener en ellos un cadáver. Pero lejos de descorazonarla, esta impasibilidad la exaltaba hasta el delirio, hasta el frenesí.

No exajeraba nada la joven al pretender que la razón poco á poco la abandonaba; si el amor verdadero, el amor del corazón raramente arrastra, por violento que sea, á los desórdenes cerebrales; el amor de la cabeza, el amor de los sentidos, por el contrario, cuando llega á ciertas proporciones, cuando la educación y el respeto de sí mismo no llegan á moderarlo, conduce la mayor parte de las veces á la locura.

Una mañana Jorge salió de casa de Cora más impresionado, más entristecido que nunca por las cosas que acababa de oír, por las extravagancias á las cuales había asistido, y al mismo tiempo se decía:

—Esto no puede durar; la crisis se aproxima. Bien pronto estaré libre de ella.

Descendiendo la Avenida de Neuilly no se apercibió que un carruaje que estaba estacionado delante del hotel de Cora, se había puesto en movimiento al mismo tiempo que Jorge franqueaba los umbrales de la casa y que seguía sus pasos. A la altura del Arco del triunfo tomó un *simón* y en seguida el primer carruaje reguló su marcha por la del segundo. Se detuvieron los dos en la calle de Léonie, y en el momento en que Jorge descendió del suyo, apercibió á su mujer, que acababa también de echar pie á tierra.

XXV

Marcela pasó por delante de Jorge sin decirle ni una palabra, atravesó el patio, se dirigió hacia el pabellón en que vivía y entró en uno de los salones del piso bajo.

Jorge la siguió. En el momento en que iba á cerrar la puerta sintió que la empujaban por la parte de fuera. Retrocedió y la señora Gérard entró á su vez en el salón.

Desde el cambio que se había operado en las costumbres de Jorge, ella velaba todas las noches; siempre esperando la vuelta de su hijo para contarle lo que había pasado durante su ausencia, y ¡qué fábula le había sido preciso inventar para disipar las inquietudes de Marcela! Era á fuerza de solicitud, de vigilancia y de destreza como había conseguido hasta entonces que su nuera no concibiérase sospechas de ninguna especie.

En un principio le había dicho que su hijo se entregaba á un trabajo literario de gran importancia que le obligaba á pasar una gran parte de las noches fuera de su casa, y á ir á la de su colaborador, que tenía demasiado que hacer para ir á casa de Jorge. Marcela, durante algún tiempo, había aceptado esta primera fábula, pero algunas palabras escapadas muy á pesar suyo á su padre, de las torpezas cometidas con intención por el señor de Mézin que se vengaba, le hicieron concebir algunas dudas. Había adquirido la certidumbre de que su marido jugaba todas las noches, y la joven experimentaba un violento pesar; sin embargo, de un carácter más retraído que su madre, no había jamás hecho la menor alusión á Jorge; esperando que habría adquirido por las cartas un gusto pasajero y que pronto le se-

ría vuelto. Miss Dowson fue la única que se apercibió de sus sufrimientos; si Marcela no tenía el mismo carácter que la señora de Brives, había heredado en cambio su enfermedad del corazón, y las causas que habían desarrollado la enfermedad en la madre, producían los mismos efectos en la hija: su fiel amiga no podía engañarse.

El tiempo transcurría y Jorge se retiraba cada vez más tarde; varias veces Marcela, que también velaba parte de la noche, se apercibió que su padre volvía antes que él. ¿Qué atractivo podía pues retener á su marido en la casa esa cuando no retenía al señor de Brives? Este último no tenía, sin embargo, la costumbre de abandonar una partida antes de que se hubiera terminado; aunque no hubiera tenido más que un adversario que combatir, no habría jamás cedido su sitio.

Esta vez aún, el señor de Mézin se puso sobre su camino. Habló delante de ella con hábiles y pérfidas retencencias, de una tal Cora, que vivía en la Avenida Neuilly y que en su casa se jugaba; ensalzó sus méritos, sus cualidades; dejó comprender que se encontraba en sus salones todo el París elegante y en su *boudoir*, los hombres más á la moda, *los más casados*.

Entonces los celos de que Marcela se había visto preservada hasta aquel momento, los celos, decimos, le mordieron el corazón; quiso saber por sí misma si era en la casa de Cora donde su marido pasaba las noches, si iba como jugador ó como amante.

Una noche, á cosa de las once, después de haberse despedido la señora Gérard, la joven salió secretamente del hotel, tomó un carruaje y se hizo conducir á la Avenida Neuilly. Esperó largas horas, conmovida, ansiosa, conteniendo con una mano la cortinilla del coche y con la otra los latidos de su corazón, latidos terribles que la hacían sufrir horriblemente. A cosa de las cuatro de la mañana reconoció al señor de Mézin que salía con algunas personas, pero quedaba gente todavía en casa de Cora; todos los salones del piso bajo estaban iluminados. A las cinco el señor de Brives apareció en compañía de algu-

nos amigos. Para reunirse á su carruaje pasó cerca de su hija sin sospechar que estaba allí, tan próxima de él, y que, como todos, oyó esta pregunta que le hizo un cochero y lo que contestó: *Señor es preciso esperar, ¿queda alguien más?—No, somos los últimos; podéis marcharos.*

Quebrantada de fatiga, sintiéndose más y más oprimida por sus palpitaciones del corazón, avergonzada por la acción que cometía, Marcela tuvo un instante el pensamiento de volver á su casa. ¿No había asegurado su padre que no quedaba nadie en el hotel? Pero ésta se dijo al mismo tiempo que el señor de Brives no habría querido hablar más que de sus compañeros de juego, de los invitados que durante la noche habían llenado los salones de Cora; quizás él no sabía que Jorge estuviese en la casa. Puesto que había esperado hasta entonces, quiso decididamente saber á qué atenerse.

Desde la partida del señor de Brives y de sus compañeros, ya no se percibía luz á través de las persianas del piso bajo, quedando el hotel oscuro y silencioso. En el primer piso una sola ventana aparecía iluminada, y Marcela al verlo, murmuró:

—Hay, pues, todavía alguien puesto que á hora tan avanzada tienen luz.

Hubo un instante en que creyó ver dos sombras detrás de la ventana. De pronto á cosa de las seis de la mañana, le pareció que la luz se extendía iluminando sucesivamente varias ventanas del primer piso, después desapareció para reaparecer en el piso bajo. La puerta del hotel se abrió; un hombre dió algunos pasos en la calle. Vió un carruaje, el de Marcela, creyó que estaba desocupado y se adelantó para tomarlo. Marcela lo reconoció; era su marido. En el momento en que iba á poner la mano sobre la portezuela, sin duda le dió ganas de andar algunos minutos á pie y se alejó. Entonces Jorge fue seguido por su mujer hasta la calle de Léonie.

La señora Gérard ignoraba todo lo que acababa de pasar. Había velado en su habitación creyendo que Marcela estaba en la suya. Cuando oyó en el patio resonar los pasos de Jorge, bajó á reunirsele

para hablarle. Al lado de su hijo apercibió á su nuera, vestida en traje de calle, con sombrero y con *chal* sobre los hombros. Comprendió que todo estaba perdido. Marcela dejó la butaca en que se había arrojado al entrar en el salón, y adelantándose hacia la señora Gérard sin volver la cara á Jorge, dijo con voz enérgica:

—¡Señora Gérard, vuestro hijo me engaña indignamente!

—¡Mi hijo!...—exclamó.

—¡Ah!—repuso Marcela,—no esperéis tranquilizarme, no tratéis de engañarme, lo sé todo. Es el amante de una mujer conocida en cierto mundo con el nombre de Cora. ¡Que se atreva á negarlo!

Jorge guardó silencio. ¿Qué contestar? ¿Cómo disculparse? ¿Hubiera, además, tenido fuerza para ello? ¿No estaba él mismo quebrantado por la terrible escena que había tenido lugar entre él y Cora? Esas luchas insensatas que duran tanto tiempo y en las cuales hay que gastar tanta energía, tanta voluntad, le enervaban, le mataban.

En el momento en que la señora Gérard iba á tratar de contestar por su hijo, de defenderlo por última vez, de pronto Marcela, que hasta entonces la había hablado con cólera, se lanzó hacia ella, la tomó en sus brazos y rompió á llorar.

—¡Ah!—murmuraba á través de sus sollozos.—Engañarme á mí, que le amaba tanto! ¡Oh! ¡Está mal, muy mal hecho! ¿Qué tiene que reprocharme? ¿Qué le he hecho? ¡Quiere, pues, matarme! ¡Ah! siento que las palpitaciones de mi corazón no me dejarán vivir mucho tiempo. ¡Voy á morir de la misma enfermedad que mi pobre madre! ¡Yo que amaba tanto la vida desde el día que Jorge me confesó su amor! ¡Ah! ¡Qué importa ahora!... Dios puede llamarme ya á El... cuanto más pronto mejor.

Era enervante el oír expresarse de aquel modo á la joven. Jorge seguía callado; pero gruesas lágrimas corrían de sus ojos.

—¡Ah!—decía Marcela,—le amaba tanto que le hubiera perdonado todo, hasta un crimen; pero una traición, ¡nunca!

De repente la señora Gérard le tomó la cabeza con las manos y levantádosela exclamó:

—Pues bien. No hay traición, hija mía. Te ama aún, te ama más que nunca y voy á probártelo. Pero no olvido las palabras que acabas de pronunciar: *le hubiera perdonado todo, has dicho, hasta un crimen.*

XXVI

Jorge había comprendido la intención de su madre, el desconsuelo de Marcela la habían decidido á hablar. Para aquella joven tan tierna, de corazón tan recto, todo debía ser preferible, como ella decía, al pensamiento de ser engañada por su marido. Ella le amaba ahora lo suficiente, para perdonarle todas las faltas del pasado; no le perdonaría jamás una ofensa hecha á su amor.

Los sufrimientos físicos de que hablaba Marcela, el dolor del corazón, de que se quejaba, había sobre todo, vivamente impresionado á la señora Gérard. Sabía que ciertas enfermedades, los disgustos continuados ó una emoción demasiado viva, pueden arrastrar los más terribles accidentes, y quería á toda costa evitarlos. Tratábase de una cuestión de vida ó muerte, no había, pues, que vacilar.

Jorge comprendía tanto mejor los razonamientos de su madre cuanto que él se los había hecho hacía ya tiempo.

—El día en que Marcela,—se decía,—crea que la engaño... valdrá más que sepa la verdad.

La catástrofe que temía, se había verificado, era preciso hablar. Además, prefería todos los dolores del mundo, que el horrible suplicio que estaba sufriendo. Hubo un instante en que esperó un desenlace natural y terrible del drama que se representaba entre él y Cora. Este desenlace no llegaba y

era preciso buscar otro. Así que no dijo una palabra ni hizo un gesto para impedir que la señora Gérard hablase. Solamente que no se sintió con valor de asistir á la entrevista que iba á tener con Marcela; salió del salón en silencio, dejando á los dos únicos seres que amaba en el mundo, á su madre y su mujer, decidir su suerte.

En cuanto Jorge hubo salido, la señora Gérard, que sostenía aún en sus brazos á Marcela, que seguía llorando, la condujo á un *canapé*, la hizo sentar, tomó sitio á su lado y la dijo:

—La confesión que vais á oír, hija querida, será muy penosa de hacer y quizás lo sea más de escuchar. Prestadme toda vuestra atención y que vuestro valor sostenga al mío.

Contó á Marcela toda su vida desde la época de su matrimonio; le habló del carácter del señor Gérard, de sus costumbres mundanas, de su afición al lujo, de sus pretensiones nobiliarias que le habían hecho sustituir el nombre de Gérard por el de Hamel. Arruinado al cabo de algunos años, había partido para los Estados-Unidos, encargándola de la educación de su único hijo. Dió largos detalles acerca de la juventud de Jorge: á los veinte años se batió en duelo y se comprometió en varias algarradas políticas y pasó por uno de los más turbulentos estudiantes del barrio latino; pero era al mismo tiempo, el mejor de los camaradas, el más tierno de los hijos. Partió para Nueva-Orleans á rennirse á su padre y á crearse quizás una posición brillante en un país donde en un principio fue simpático á todos, cuando encontró á Cora, tuvo una querrela con John de B... y le mató.

Después de haber de este modo definido el carácter de su hijo, confesado sus primeros errores y contado su vida, para preparar á Marcela al drama á que tendría que asistir, la señora Gérard describió á Cora, y dió algunos detalles sobre los primeros años de sus relaciones con Jorge. Le siguió á Francia, analizó su conducta desde su llegada al Havre, é hizo comprender la exasperación en que debía encontrarse el hombre de quien tuvo el impudor de

tomar el apellido; en fin, la pintó en toda su verdad, la terrible escena que hemos contado en la primera parte de este relato. Y para que no cupiera duda en el espíritu de Marcela, le entregó la declaración que Cora algunos días antes había dado á Jorge.

Cuando Marcela hubo terminado aquella lectura que la enteraba de la infame calumnia de que su marido había sido víctima, la señora Gérard la hizo asistir á su arresto y á su juicio. Para no herir la susceptibilidad de la que escuchaba, no precisó la pena á la cual Jorge fue condenado; pero habló largamente del valor con el cual sufrió el castigo inmerecido que le habían impuesto. Al fin, ya era libre, una nueva existencia se abría ante él; fue á habitar en París con su madre y se fijó en la calle Léonie. Transcurrieron tres años, tres años de calma, de meditaciones, de recogimiento. La adversidad y el trabajo habían hecho de Jorge un hombre, su cabeza ya no era exaltada como antes, y su corazón había quedado el mismo. Vió á Marcela, la oyó hablar y poco á poco, al conocerla, se apercibió de que la amaba. Entonces quiso huir; su pasado no le permitía casarse, le prohibía ser feliz para siempre. Partió, se condenó aun al destierro y á vivir separado de su madre, que no pudo seguirle; pero Marcela estaba enferma, Marcela iba á morir. Le llamó y volvió, volvió para volverla á ver.

Luchó, luchó todavía; al fin la señora Gérard misma, le ordenó que se casara, y cuando quiso confesarlo todo á la que iba á ser su esposa, hacerla una completa confesión, su madre se opuso, porque ella sabía que si Marcela perdonaba, el señor de Brives no perdonaría, negaría su consentimiento al matrimonio de su hija con Jorge Hamel, negativa que irremisiblemente entrañaría la muerte de dos seres creados el uno para el otro, hechos para amarse y dignos de ser felices. Lo serían todavía, como lo habían sido aquellos dos años, si la fatal pasión del señor de Brives por el juego, no le hubiese puesto en relaciones con Cora, que oyó hablar del marido de Marcela, deseó verle y reconoció en él al hombre de quien quería seguir vengándose. La señora

LIBRARY OF THE
 UNIVERSITY OF CHICAGO
 1831 1832
 1833 1834

Gérard explicó por último á Marcela el cómo hacía varios meses, Jorge se hallaba bajo el dominio de Cora y terminó de este modo:

—No quería desmerecer á vuestros ojos en el temor de una denuncia, y se ha condenado al suplicio de volver á ver á esa mujer, de obedecer á sus caprichos; pero no podéis suponerlo capaz de que haya vuelto á ser su amante ¡Eso sería una infamia y él no la ha cometido!

Acababa de pronunciar estas últimas palabras, cuando la puerta del salón se abrió, dando paso al señor X...

Jorge había tenido la idea de ir á buscarle y suplicarle que fuera á defender su causa cerca de Marcela, como la había defendido ante el Jurado. El testimonio de aquel hombre, de un mérito superior, de aquel anciano sexagenario, cuya reputación de honradez era conocida de todos, debía causar una viva impresión en el espíritu de la señora Gérard.

El señor X... quiso que la confesión fuese completa, que no hubiese nada oculto; de modo que dió sobre la condena de su cliente todos los detalles que la señora Hamel había pasado en silencio. Precisó, llamó á las cosas por su nombre y no temió hablar de las consecuencias de aquel fatal artículo 47 que ponía á Jorge en una posición excepcional.

—Ahora, señora, ya sabéis todo,—dijo despidiéndose de Marcela.—No existen ya secretos entre vuestro marido y vos. Nada os impide ser feliz al lado del hombre más honrado que conozco.

Marcela había escuchado á la señora Hamel y al señor X... sin responderles una palabra. Estaba muy pálida, pero aquella palidez podía ser atribuída á los vivos dolores que parecía sentir y que la hacían llevar á cada instante la mano al corazón. Cuando el señor X... hubo partido, se levantó del canapé en que estaba sentada, atravesó silenciosamente el salón y subió á su cuarto.

Jorge, que estaba esperando en la biblioteca, se reunió á su madre y la interrogó con la mirada.

—No sé nada,—dijo esta,—pero espero.

XXVII

Acababan de dar las once de la mañana, cuando Marcela, después de su conversación con la señora Hamel y el señor X... subió á su habitación. Jorge se paseaba á largos pasos por el salón en que se había reunido á su madre y se hacía repetir lo que habían dicho á Marcela. Quiso saber si habían insistido sobre diferentes puntos que debían tener gran importancia á los ojos de la que había llamado á decidir de su suerte. Preguntó cuál había sido la actitud de Marcela en tales circunstancias, y si en tal momento había palidecido, si había manifestado indignación, si había parecido tener piedad. Como el acusado que trata de leer sobre el rostro de sus Jueces, la sentencia que han de pronunciar, así trataba de averiguar qué partido adoptaría la señorita de Brives, después de la triste revelación que acababa de hacersele.

—¡Ah!—exclamó de pronto,—¡no me perdonarás! ¡no puede perdonarme! El silencio que guarda es una prueba de ello. En el primer momento, cuando aún estaba bajo la impresión de las elocuentes palabras que tu corazón te dictaba, ella hubiera podido dejarse conmover. Pero el razonamiento ha venido después; ha olvidado todas las circunstancias que había en mi favor; no ve más que el hecho brutal: ¡mi crimen, mi condena, mi pasado!

El tiempo transcurría y la señora Gérard empezaba á participar de los temores de su hijo. Cuando éste se desesperaba, no se atrevía á tranquilizarlo. No tenía fuerza más que para tenderle de cuando en cuando la mano, atraerlo hacia sí y estrecharlo contra su corazón. A cosa de las dos de la tarde, les pareció oír ruido de pasos en la escalera que conducía

del departamento de Marcela á las habitaciones del piso bajo. Prestaron atención; el ruido se aproximaba. La puerta de la biblioteca se abrió y después se cerró. Evidentemente se dirigían hacia el salón en que se hallaban refugiados. Marcela entró. Se detuvo, los miró á ambos, y luego de pronto, tendió los brazos á Jorge. Este había comprendido. Pero en vez de precipitarse en los brazos que le tendían, se arrodilló á los pies de Marcela, y sofocado por los sollozos no pronunció más que esta palabra: *Gracias*.

Con una mano le levantó y tendiendo la otra á la señora Hamel, que también se había arrodillado, pero para dar gracias á Dios, arrastró á la madre y al hijo hacia un canapé y les dijo con emocionada voz:

—Si os he hecho esperar largo tiempo, ha sido en interés del porvenir; no quería obedecer á ninguna sorpresa. He subido á mi habitación y sola me he repetido todo lo que acababa de oír. He reflexionado largamente, he pesado el pro y el contra de cada cosa, he juzgado y he perdonado. Soy la mujer de Jorge Gérard, ó de Jorge Hamel; ¡poco me importa! Le amo, y como le amo, acepto todas las consecuencias de su pasado; participaré de sus penas como de sus alegrías, y estaremos unidos hasta que la muerte nos separe.

Escuchaban atenta y religiosamente sin atreverse á interrumpirla; había cesado de hablar y madre é hijo seguían callados, mirándola con admiración.

Al cabo de un instante Marcela continuó:

—Estoy enferma, muy enferma, hace algunos días. Necesito aire, movimiento, distracciones. Quisiera volver con vosotros dos á ese país, que he querido tanto, á nuestra linda casita de Baden, sobre las riberas de nuestro querido Limmat. Si queréis nos marcharemos hoy mismo, esta noche. Ceded á este capricho de enferma, me haréis muy feliz.

Por delicadeza no decía los verdaderos motivos que le hacían dejar á París inmediatamente, temía por parte de Cora alguna sorpresa, alguna nueva traición. Ellos lo comprendieron y se apresuraron á acceder á su deseo. Se convino en que se iría á ro-

gar al doctor Combes que fuera á ver á Marcela. Inquietado por su estado, le había él mismo aconsejado unos días antes que viajara; no encontraría, pues, nada extraño que se decidiera, y se encargaría de hacer comprender al señor de Brives la absoluta necesidad de aquella precipitada partida. Mientras que la señora Hamel y Marcela se ocupaban de hacer los preparativos de viaje, Jorge aravesaba el patio y subía á casa del Doctor. Le contestaron que había salido una hora antes con el señor de Mézin.

—¿Sabes adónde han ido?—preguntó Jorge.

—He oído hablar,—contestó el doméstico,—de la Avenida de Neuilly. Se trataba de ver á una señora atacada de alienación mental.

—¡Ah!—dijo Jorge al oír estas palabras.

—Sí, señor; parece ser que esta mañana todo el barrio en que vive esa señora se ha alborotado por causa de ella. A cosa de las seis de la mañana ha empezado en su habitación un gran alboroto; lanzaba gritos horribles y rompía todos los muebles. Se han ido á buscar Médicos, la Policía ha acudido, y como el señor de Mézin es uno de los mejores amigos de esa señora, ha querido desde el momento en que ha tenido conocimiento de su estado, llevar allí al doctor Combes.

Jorge no podía abrigar la menor duda. Se trataba de Cora; lo que preveía, había sucedido; ya desde algunos días lo veía venir, sus conversaciones no eran solamente apasionadas, sino extravagantes muy á menudo; sus ojos tenían una extraña expresión; había notado en ellos ciertos síntomas que la predisponían á la locura. La noche última había sido más agitada que las precedentes; el lenguaje de Cora era incoherente, su sobrexcitación excesiva. Hubo un instante en que Jorge creyó que no podría dejarla; delirante, perdida, medio loca ya, se deshacía los vestidos, y á fuerza de sangre fría é intimidándola, por decirlo así, por la fijeza de su mirada, había conseguido librarse de ella. Después de su partida, la crisis se había declarado; á la sobrexcitación nerviosa había sucedido la locura.

Cora ya podía hablar, no se la creería.

El señor de Brives no sabría jamás el pasado de Jorge. Marcela misma hubiera podido siempre ignorarlo, si aquella crisis se hubiese declarado un día antes... Y, sin embargo, á Jorge no le pesaba; era feliz al pensar que no había ningún secreto entre su mujer y él, que ésta le había generosa y noblemente perdonado. Su felicidad era tan completa, que no pensaba en decirse siquiera: *Ya estoy vengado: por causa de ella he arrastrado durante cinco años la cadena del presidiario y he llevado el uniforme del presidio; ella, por mi causa, llevará la camisa de fuerza.*

Se reunió á su madre y á su mujer y ayudólas en sus preparativos de marcha. De aquel viaje hacía una fiesta, pues Marcela tenía la idea de alejarse por mucho tiempo del teatro de sus sufrimientos.

A cosa de las seis de la tarde llegó el doctor Combes, que al saber los proyectos de sus vecinos se apresuró á aprobarlos. En el momento de dejarlos, llevó á Jorge aparte, y le dijo:

—No quisiera asustaros, pero si no hubieseis marchado hoy, os habría ordenado que partierais mañana. El estado de vuestra esposa es de los más graves. Una vida tranquila, feliz, puede volverle la salud, pero no olvidéis que la menor emoción le sería fatal; debo deciros la verdad.

—Tranquilizáos Doctor,—dijo Jorge acompañando al Médico,—mi mujer ya no puede temer ninguna emoción.

A las siete, en el momento en que Marcela la señora Gérard y Jorge se disponían á subir á un carruaje, y que se despedían del señor de Brives en la puerta, dos hombres que acababan de entrar en el portal, después de haber hablado con el portero, se adelantaron hácia ellos:

—¿El señor Jorge Gérard?—dijo el de más edad, adelantándose con el sombrero en la mano.

—Servidor,—dijo Jorge.

—Entonces, vos os llamáis Jorge Hamel, y sois un antiguo presidiario sustruido á la vigilancia de la Autoridad. Soy portador de un auto de prisión lanzado contra vos, y en nombre de la ley os arresto. Apenas hubo pronunciado estas palabras, se oyó

un gran grito. Marcela acababa de desplomarse sobre el pavimento del portal. El doctor Combes, que se hallaba en la ventana para asistir á la partida de sus amigos y darles el último adiós, corrió precipitadamente, se arrojó delante de Marcela y le levantó la cabeza en seguida.

Los cuidados eran inútiles; acababa de verificarse la ruptura del corazón. La muerte había sido instantánea.

XXVIII

En una de sus últimas conversaciones con Cora, Víctor Mazilier había manifestado el proyecto de introducir grandes reformas en su vida y volver al Havre á pasar algún tiempo con su padre. Este proyecto lo puso en ejecución y se había ausentado de París hácia ya más de tres meses, cuando concibió de pronto el deseo de volver á sus queridos *boulevares*. Tomó el ferrocarril, descendió en su apeadero de costumbre, pasó la noche y al día siguiente, á las diez de la mañana, se encaminó hácia la Avenida Neuilly, donde no tardó en saber lo que había ocurrido á Cora durante su ausencia; ¿sus asuntos prosperaban? ¿Se jugaban grandes cantidades en sus salones? ¿Veía rostros nuevos, había al fin encontrado á su querido Jorge Hamel?

En varias cartas que le había escrito le hacía todas estas preguntas, pero no había recibido ninguna contestación.

—Decididamente,—pensaba,—Cora se propone amarlo; las mujeres son insaciables.

Apenas hubo dado algunos pasos por la Avenida Neuilly, se paró muy asombrado: veíanse en la calle grupos de diez á veinte personas que hablaban con gran animación. A medida que avanzaba descubría más grupos; delante del hotel de Cora había

un verdadero tumulto. Se internó entre la multitud y llegó hasta la verja. Se hizo reconocer por el portero que vacilaba en abrir, y avanzando hacía la casa, se enteró por los criados de lo que pasaba: Cora, desde la mañana, por sus gritos, sus accesos de furor, había sublevado á todo el barrio. Los Médicos que en seguida fueron llamados hicieron constar la locura, y la Policía acababa de ser avisada.

—Llego á tiempo,—se dijo Víctor Mazilier,—si lo hubiese sabido, me quedo en el Havre; no me gustan estos asuntos.

Esta fue la primera reflexión que le sugirió la triste posición de la que hacía diez años trataba.

Un sentimiento de curiosidad le impulsó sin embargo, á desear verla. Bien entendido que empezó por preguntar si había peligro alguno en aproximarse á ella y como le contestaron que se habían visto obligados á atarla, tuvo valor para entrar. La desgraciada no le reconoció; hacía esfuerzos desesperados por romper sus ligaduras y continuaba lanzando gritos que nada tenían de humano. Víctor Mazilier la miró algunos instantes, después salió de la cámara murmurando:

—No está nada bella en este estado.

—Esta segunda reflexión seguía á la primera!

Iba á dejar la casa aquella en la que decididamente, según su propia expresión, faltaba la alegría, cuando al pasar por el *boudoir* que precedía á la alcoba, apercibió sobre la chimenea la carta que había escrito la víspera á Cora anunciándole su llegada. La cogió y guardóse la enseguida en el bolsillo diciéndose:

—Ojalá encontrara del mismo modo las demás epístolas... La Policía vá á venir aquí, es muy curiosa y encuentro completamente inútil que conozca mis relaciones íntimas con esta loca.

Sabía que Cora tenía la costumbre de guardar su correspondencia en un mueblecito de madera de rosa, colocado en un rincón de su *boudoir*; lo abrió, y mientras buscaba sus cartas tropezó con un gran sobre lacrado, que tenía esta dirección:

Al señor Procurador imperial de París.

Era, como se recordará, la denuncia escrita por Cora, varios meses antes, con el objeto de atemorizar á Jorge y decidirlo á obedecer. Víctor Mazilier pensó que aquella carta podía tener cierta importancia, llamó á un criado, se la confió, recomendándole que le entregara al primer Comisario de Policía que se presentase, y se fue al café Inglés para reponerse de sus emociones.

A las dos de la tarde, la carta de Cora enviada urgentemente á la Audiencia, con una nota en apoyo, fue abierta por un sustituto del Procurador imperial. A las cinco, en virtud del Artículo 47 del Código penal, se extendía la orden de arresto contra Jorge Hamel, llamado Jorge Gérard. A las siete se le detenía en medio de su familia. Conocemos la desgracia que de ello resultó.

Al ver caer á su mujer sobre el pavimento, Jorge no hizo un gesto ni lanzó un grito. El golpe era demasiado brusco, demasiado inesperado para que pudiera sentirlo. El dolor no es más que consecuencia de la reflexión; Jorge no reflexionaba todavía, y estaba, por decirlo así, petrificado.

Aquella frialdad aparente engañó al Agente de Policía. Si él hubiese podido pensar que la que acababa de caer muerta á sus ojos, era la mujer de Jorge Hamel, no hubiera pensado, por el momento al menos, llevar hasta el cabo el cumplimiento de su misión. Pero creyó á Jorge indiferente á aquella muerte y se adelantó hacia él. Además, la Policía no tiene la costumbre de andarse con muchos miramientos con los licenciados de presidio. Jorge se sintió de pronto cogido por un brazo, y no comprendiendo más que una cosa, que se le quería arrastrar lejos del cadáver de su esposa, se volvió bruscamente y rechazó al Agente con tal fuerza que lo hizo rodar á diez pasos por el suelo del patio. Su camarada que había avanzado á su vez, tuvo igual suerte. Mientras que se levantaban, Jorge se bajó, tomó á Marcela en sus brazos, se internó en la casa, subió la escalera, entró en su habitación, depositó el cadáver

sobre el lecho, cerró la puerta con doble vuelta y después de haberse parapetado como si quisiera resistir un largo sitio, se fue á arrodillar delante del lecho.

Estas precauciones eran inútiles; los Agentes no se encontraban con fuerzas para luchar con semejante adversario. Para penetrar en su casa, les era preciso, además, ir con su Comisario. Empezaron al mismo tiempo á comprender que se había, quizás, obrado con demasiada precipitación en el Juzgado y en la Prefectura de Policía; se había tomado á Jorge Hamel por un malhechor vulgar; era un hombre de mundo. Ya todos los inquilinos de la casa y á su cabeza el doctor Combes, acababan de protestar contra el atentado de que era víctima y de la brutalidad de los Agentes. Estos se retiraron con las orejas gachas para conferenciar con su inmediato Jefe y darle conocimiento de lo ocurrido.

Jorge pasó la noche al lado del cadáver de su esposa; no abrió á nadie, ni aún á su misma madre.

Sólo al día siguiente, después de muchas súplicas, consintió en abrir á la señora Hamel y al señor X., los cuales le anunciaron que nada tenía que temer que no lo arrancarían del cadáver de su esposa, pues acababa de darse la orden de la suspensión del auto de prisión lanzado contra él.

—Han hecho bien, — murmuró Jorge, — porque no me hubieran llevado vivo.

—Entonces la hubieras desobedecido, — dijo la señora Hamel mostrando á Marcela.

—¿Cómo? — preguntó el joven.

—Lee este papel, que debía estar escrito por si ella moría antes que tú, y que en el momento de partir lo ha confiado á su padre.

Jorge tomó la carta que se le tendía y leyó:

Jorge mio adorado: Si muero antes de nuestra llegada á Baden, quiero que continúes el viaje y que me entierres en nuestro jardín, á orillas del Limmat. Te ordeno también que, cuando yo no exista, que no te abandones á tu desesperación y que vivas por tu madre, á quien no debes dejar sola en el mundo... Te escribo es-

tas líneas el día de nuestra partida, algunas horas después de haber sabido todos tus sufrimientos; esto es decirte que te amo como antes, más que antes... ¡Hasta que nos veamos en el Cielo!

Después de haberla leído, se adelantó hacia el lecho donde parecía descansar Marcela, arrodillóse y murmuró:

—Obedeceré.

Después pidió flores para cubrir el lecho, dió instrucciones concernientes al ataúd y el servicio, y dirigiéndose al señor X.:

—¿Me autorizarán, — preguntó, — para salir de Francia y llevar su cuerpo á Baden?

—Lo espero, — dijo el anciano Abogado.

—Conseguido y os prometo que volveré. Quiero ser juzgado; quiero que me defendáis todavía. Quiero protestar contra esa ley bárbara que ha causado la muerte de Marcela. Acababa de perdonarme el pasado y mi arresto la ha matado.

Estrechó la mano de su antiguo Defensor y fue á arrodillarse al lado de su muerta adorada.

XXIX

¿Ante qué Tribunal correccional debe ser perseguido el condenado á la vigilancia, culpable de ruptura de bando? Una de dos cosas: ó el acusado niega su identidad ó la reconoce. En el primer caso debe ser llevado ante el Tribunal que ha pronunciado la condena á vigilancia; en el segundo, ante el Tribunal del lugar en que ha sido detenido.

Jorge Gérard, aunque se apresurase á reconocer que había sido condenado á cinco años de trabajos forzados, bajo el nombre de Jorge Hamel, pidió, sin embargo, por conducto de su Abogado, ser juzgado en Rouen, y el señor X., que había dejado muy

buenos recuerdos en aquella ciudad, se apresuró á acoger la petición.

Cuando por el Palacio de Justicia se extendió la voz de que el antiguo Decano de Ronen iba á tomar la palabra, hubo gran agitación entre los jóvenes Abogados, que todos habían oído hablar de su inmenso talento oratorio; pero que ninguno había podido admirar. Se dieron cita en el Palacio para el día de la defensa, de igual modo que se la dan en el teatro el día del estreno de un buen actor que ha estado ausente larga temporada.

Era lo que deseaba el señor X... en interés de su cliente. Sabía que el Presidente del Tribunal por respeto á su avanzada edad y á su antigua reputación, le dejaría hablar todo cuanto quisiera; que sería libre de elevar hasta la altura de una tesis social, un negocio de los más sencillos y de los menos complicados; en fin, que le permitiría, no solamente defender á Jorge Hamel por el delito que se le había imputado, sino también volver sobre el pasado y obtener, sino la rehabilitación legal de su cliente, al menos la moral.

Los periódicos del Seine-Inférieure habían enterado al público del proceso que iba á juzgarse, y la prensa parisiense se había apresurado á reproducir sus artículos.

—Mi asunto,—había dicho Jorge al señor X...,—no habiendo podido quedar en secreto, será preciso ahora darle la mayor publicidad posible. En París se sabe que el señor de Brives es el suegro de un licenciado de presidio; en su interés, en el mío, en recuerdo de la que ya no existe y que ha llevado mi nombre, se debe demostrar que la pena que he sufrido ha sido inmerecida.

El 3 de junio de 18..., la cámara del Tribunal correccional de Rouen, fue abierta desde por la mañana.

Jorge Hamel, venido la víspera de Baden, estaba sentado en el banquillo de los acusados.

Después de las formalidades de ordenanza, el señor X... tomó la palabra y la tuvo más de tres horas. La impresión producida por su defensa fue in-

finita; contra todos los usos, se aplaudió cuando hubo terminado, y el Presidente, asociándose á la emoción general, no se creyó en el deber de recordar al público el respeto á las conveniencias.

Por todas partes, tanto los jóvenes Abogados como los viejos Magistrados, funcionarios, negociantes, mujeres de mundo, todos, iban á estrecharle la mano. Con lágrimas en los ojos, éste les decía:

No es á mí á quien deben tenderse, es á mi cliente, que tiene derecho á las simpatías de las gentes honradas.

Se le obedecía, y por todas partes las manos se tendían á Jorge.

Los periódicos, al dar cuenta, al otro día del proceso, contaron el incidente que sigue, el cual impresionó vivamente al auditorio:

Un negociante estimado de Rouen, el señor B... deseoso de oír por última vez al señor X..., asistía á la Audiencia. Poco le importaba el acusado y el delito que se le reprochaba; era el Abogado lo único que le interesaba. De pronto, mientras escuchaba, creyó haber oído pronunciar el nombre de Jorge Hamel y recordar ciertos hechos. Evocando sus recuerdos advirtió que él era Presidente del Jurado cuando el primer proceso, al cual el señor X... hacía alusión. Su emoción fue muy grande; no pudo contener sus lágrimas, y cuando el Abogado terminó su defensa y se sentó, lanzóse hacia el acusado, y tomándole las manos le pidió perdón de haber contribuido en otro tiempo á su condena.

Sin embargo quedaba al Tribunal que aplicar la ley. Mientras el Artículo 47 no fuese derogado, es obligación de la Magistratura hacerlo respetar y castigar á quien lo infringiera.

Pero ya hemos dicho que para aplicar la pena para la ruptura del bando, la ley se limita á fijar el maximum cinco años de prisión. De ahí se deduce que el Tribunal puede rebajarla indefinidamente.

El Tribunal de Rouen, aprovechando esta latitud, condenó á Jorge á un día de prisión.

De nuevo aplandieron los concurrentes y se deja-

ron oír voces de aprobación en el auditorio. Jorge, al salir del Tribunal, quedó en la cárcel de la ciudad, donde permaneció veinticuatro horas. La sociedad estaba satisfecha. Se hubiera podido, en verdad, ahora sujetarlo á la vigilancia de que se había sustraído y designarle una ciudad de provincia como punto de residencia. Pero la Policía tiene indulgencia algunas veces. Jorge no pidió, además, más que un favor: dejar la Francia para no volver á ella.

Le fue concedido, y se reunió á su madre en Baden.

.....
Han comprado la casita que tanto le gustaba á Marcela, y que no pudo volver á ver, pero en la cual, según su deseo, descansa. Su tumba está en el jardín, á orillas del Limmat. Está enteramente cubierta de flores, que Jorge las cultiva.

Vive solo al lado de su madre, del mismo modo que vivió tres años en la calle Léonie, antes, de su matrimonio. Pero ya no se entrega, como antes al estudio. Le está prohibido todo trabajo mental. Se limita á hablar con su madre de la pobre que ya no existe.

Su única distracción consiste en descender casi todos los días, durante varias leguas, el impetuoso curso del Limmat. Su barca está amarrada á un sauce colocado cerca de la tumba de Marcela. Desata la cadena, se echa en el fondo del bote y se deja llevar por la corriente. Esta vertiginosa marcha dura próximamente dos horas. Prolongarla sería querer atentar contra su vida. Hay más allá una catarata por donde se precipita el Limmat furiosamente contra las rocas del fondo. Toda embarcación que se aventurara por aquellos parajes, sería irremisiblemente arrastrada.

Fiel á su promesa de vivir para su madre, Jorge se detiene á algunos metros de aquel punto peligroso. Pero la señora Hamel se hace vieja; no tardará en dejar á su hijo solo en el mundo. Entonces él la enterrará al lado de Marcela, se lanzará en su bote y ya no lo detendrá.

.....

Nuestros más célebres Médicos alienistas han renunciado á curar á Cora. Está loca furiosa. Después de haber estado algún tiempo en casa del doctor Blanche, está ahora en Charenton, de donde probablemente no saldrá nunca.

Víctor Mazilier se ha casado con la hija de un armador del Havre.

El señor de Brives está enteramente arruinado, pero sigue jugando.

FIN